



www.loqueleo.com/co

La reina del disparate

© Del texto: 2024, Francisco Leal Quevedo

© De las ilustraciones: 2024, Carlos Manuel Díaz Consuegra

© De esta edición:

2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-21-5

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Primera edición: julio de 2024

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La reina del disparate

Francisco Leal Quevedo

Ilustraciones de Carlos Manuel Díaz Consuegra



loquelego

*A la pequeña Loca Margarita
que a veces nos habita.
A los profesores y profesoras
que mantienen la hermosa
tradición del teatro escolar.*



La reina del disparate



Comedia en cinco actos

Personajes

Narrador

Margarita

Chivas

Pomponio

Bobo del Tranvía

Elisa Tenorio de Largacha y Rovira

Joselo

Carmela

Nicasia

Vecinos (7)



Casi un prólogo



Recuerdo que en los años de colegio montar una obra de teatro era una aventura maravillosa de principio a fin. El teatro escolar tiene magia, aplausos, muchas risas y algunas lágrimas. Y, siempre, buenos recuerdos. Aquello no ocurría todos los días, ni todos los meses, ni siquiera todos los años. Pero, cuando ocurría, era inolvidable.

11

Disfrutábamos todo el proceso. Primero leíamos el texto individualmente, luego en grupo y en voz alta. Alternábamos las voces, les poníamos énfasis y entonación a las frases. Lográbamos descubrir en cada uno de los personajes su particular visión de la vida. Era inevitable que nos identificáramos o nos sintiéramos más afines con alguno. Soñábamos con ser elegidos para ese gran papel. Con frecuencia no éramos escogidos para el protagónico deseado, pero nos sabíamos capaces de asumir un nuevo rol si nos lo ofrecían.

Releíamos el texto y encontrábamos facetas interesantes, y asumíamos el personaje.

Iniciábamos entonces los ensayos. Era un trabajo arduo. No era solo memorizar los parlamentos, había que trabajar con las uñas para crear un escenario. No había sección de vestuario, ni de maquillaje. Cada actor aportaba sus trajes. Las luces eran precarias, y qué decir de los primitivos “efectos especiales”. No se disponía de tantos recursos como ahora, casi de ninguno, pero se aprovechaba al máximo lo que se tenía a mano. De la necesidad surgía la creatividad.

Y, al final, luego de interminables ensayos, la obra estaba lista. Se programaba la gran gala. La función electrizaba a todos los compañeros, y hasta los padres y otros espectadores se contagiaban del entusiasmo. Los actores y las actrices nos sentíamos en la gloria.

Esta obra quiere aportar algo diferente al repertorio “clásico” de textos disponibles. No hay muchas obras de teatro escolar basadas en nuestra realidad cotidiana, en nuestras pequeñas historias. He escogido una que todos conocemos, al menos en parte. En la infancia nos llaman la atención esas personas diferentes que solemos

llamar “locos”. Los locos de un pueblo o de una ciudad solían ser personajes típicos que nos divertían y que, a la vez, nos cuestionaban con sus genialidades. “¿Los locos son ellos o nosotros?”, terminábamos preguntándonos.

Puede ser una experiencia única ponernos en los zapatos de un loco, interpretar su papel. Ya no se les ve en las calles, se les confinó en manicomios y desaparecieron de nuestra vista. Así pasa en todo el mundo.

13

*Ya no hay locos, en el mundo ya no hay locos.
Todo el mundo está cuerdo,
terrible, monstruosamente cuerdo.
¿Cuándo se pierde el juicio? (yo pregunto, loqueros).
¿Cuándo enloquece el hombre?*

Así cantaba el poeta León Felipe hace varias décadas, con gran nostalgia.

La reina del disparate es abierta, se presta para sugerencias, giros, matices, adaptaciones y todas las ocurrencias que cada grupo puede agregarle para hacerla más suya. La obra de teatro escolar es propicia para una creación colectiva, cada uno será actor y un poco autor del texto. Actualmente,

se ha perdido un poco la tradición del teatro escolar. Este, con sus posibilidades lúdicas y didácticas, es una experiencia que vale la pena conservar y disfrutar en todos los centros educativos.

¡Adelante con esta obra de locos, verdaderos maestros del disparate!



Contexto histórico



La acción ocurre en la ciudad de Bogotá, en la primera mitad del siglo xx. La urbe se alistaba para cumplir sus primeros cuatrocientos años. Su población llegaba a los 330.000 habitantes. Tenía un tranvía, una cárcel, cuatro hospitales, cinco notarías, tres plazas de mercado, ocho bancos, quince iglesias, diez asilos e incontables chicherías. Y allí, como abejas de una colmena bulliciosa, retozaban unos cuantos locos, sueltos, amables, no agresivos, simpáticos reyes de las calles.

Eran un poco más de una docena, pero cuatro de ellos solían ser el centro de atención de la ciudad. Entre estos “locos famosos”, Margarita tiene un perfil muy singular. Gozaba de reconocimiento y se codeaba con la élite liberal de la ciudad. Toda ella era un pregón del Partido Liberal. Su presencia tornaba divertidos los mítines políticos. Pomponio tenía la elegancia cachaca, el lenguaje vistoso y una sublime obsesión

gastronómica. Chivas se enfrentaba al astro sol, de igual a igual, amenazando con apagarlo como si fuera una vela. Finalmente, el Bobo del Tranvía era el amo de las vías bogotanas, y además un ejemplo de comportamiento cívico.

16

Junto con esas estrellas rutilantes, otros locos también tenían fama y seguidores. Entre ellos, el Conde de Cuchicute, el Loco Arias, el Doctor Goyeneche, Cuchuco, Susunaga, Manrique, Chepecillo, Gonzalón, el Tufi Aljure y otros más. Personajes que desaparecieron paulatinamente desde comienzos de la década del cuarenta. Nos queda la memoria fragmentada de sus ocurrencias como una faceta interesante de la historia de nuestra ciudad.

El 16 de octubre de 1914 la muerte del general Uribe Uribe —el gran derrotado en la batalla de Palonegro, que se había convertido en senador de la República en 1911— cambió la vida de la ciudad. Bajo el régimen conservador el ambiente político era hostil. Dos artesanos, carpinteros de oficio, descargaron sus hachuelas sobre el eminente liberal. Los autores materiales del magnicidio fueron apresados prontamente, pero, al parecer, su autor intelectual, el general

Salomón Correal, gozó de total impunidad. Las masas liberales lo llamaron “general Hachuela”, así aparece en las coplas burlonas que inventaba Margarita.

Los bogotanos clásicos, sin distingos de clases sociales, eran de educadas maneras de urbanidad. Se estilaban los saludos, el pedir favor y el dar las gracias. Se enfrentaban al clima de frío y lluvia con pesados trajes, de predominante color gris. La ruana era un atuendo muy popular. Aún se usaban alpargatas. La ciudad tenía arraigadas creencias religiosas, como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, pero la creencia y la diversión podían ir juntas, como la celebración de las Carnestolendas, que era un carnaval previo a la celebración de la Semana Santa. Había que divertirse antes de empezar la larga penitencia de la Cuaresma.

Comenzaba a florecer la industria de la cerveza. La chicha, ancestral herencia indígena, servida en totumitas de calabazo y preparada de manera artesanal, fue vista por la dirigencia como perjudicial para la salud. Se decía “la chicha embrutece”, por lo que se emprendieron campañas para abolirla. Detrás estaba el enorme interés